

su gloria, para que como á tal la reverenciásemos y adorásemos?

Acabo este capítulo suplicando á nuestro Señor nos dé aquella prudencia de serpientes, que él nos encomendó en su Evangelio (*m*): las cuales viéndose maltratar y herir, esconden la cabeza con toda la astucia que pueden, y ofrecen el cuerpo á los golpes, poniendo á peligro lo que es ménos, por guardar lo mas; y así defienden su vida. ¡Oh si los hombres hiciesen lo mismo, cuando se encuentran provechos del cuerpo con daños del ánima, que quisiesen perder lo ménos por guardar lo mas, consintiendo ántes padecer detrimento en el cuerpo corruptible, que tienen comun con las bestias, que en el ánima inmortal, que tienen semejante á los ángeles! Y asimismo que ofreciéndose ocasion, ó de perder á Dios, ó de perder la hacienda, quisiesen mas perder cuanto el mundo puede dar, que perder aquel que solo vale mas que todo, y sin el cual toda abundancia es pobreza, y toda prosperidad extremada miseria.

Otra astucia tambien se cuenta desta bestia, y es, que proveyéndole el Criador cada año de un vestido nuevo, y siéndole necesario despedir el viejo, ayúdase desta industria para ello, que se cuele por un agujero estrecho para despedirlo de sí. En lo cual tambien se nos da documento que el que quisiere despedir de sí el hombre viejo, sujeto á los apetitos de la carne, sepa que le conviene entrar por la puerta estrecha de la mortificación de sus pasiones, y abrazar la cruz de la vida áspera y trabajosa; porque la naturaleza depravada, mayormente si está confirmada con la costumbre de muchos dias, no se puede vencer sino con grande dificultad: esto es, con ayunos, oraciones, vigiliass, sanctas lecciones, silencio, guarda de los sentidos, y uso de sacramentos, y otras cosas tales. Lo cual acabó con muchos hombres el Sancto Baptista, cuando saliendo del desierto espantó al mundo con la aspereza de su vida, y con el ejemplo de sus virtudes, y con el trueno de su predicacion, como lo testificó el Salvador cuando dijo (*n*): Dende los dias de Sant Juan Baptista el reino de los cielos padesce fuerza, y los esforzados son los que lo arrebatan.

#### CAPITULO XVII.

De las habilidades y facultades que la divina Providencia dió á todos los animales para la criacion de sus hijos.

La cuarta cosa que nos conviene tratar (segun la division que al principio propusimos) es de las habilidades que el Criador dió á todos los animales para la criacion y defension de sus hijos. En lo cual no ménos, sino mucho mas, resplandescen la divina Providencia, que en todo lo que hasta aquí se ha dicho dellos. Porque las habilidades susodichas principalmente sirven para la conservacion de los individuos; mas lo que toca á la criacion de los hijos pertenece á la conservacion de la especie que los comprehende, que es mayor bien, pues precede el bien comun al particular; y la divina Providencia mas resplandescen en la gobernacion de las cosas mayores, que de las menores.

Pues la primera y principal cosa que ella para esto proveyó, fué un grande amor que los padres tienen á los hijos. Porque este les hace ayunar y trabajar por ellos, y ofrecerse á cualquier peligro, y aun á meterse por las lanzas por defenderlos. Y este mesmo amor hace que muchas aves, especialmente la gallina, que siem-

(*m*) Matt. 10. (*n*) Matt. 11.

pre huye del hombre, constante llegar á ella cuando está sobre los huevos, por no dejarlos enfriar. Verdad es que en los peces no hallamos este amor; porque tienen otra manera de multiplicarse y conservar su especie, que es desovando: para lo cual buscan lugares convenientes, donde esto puedan hacer mas cómodamente (*a*). Con todo esto Sant Ambrosio hace mencion de algunos peces que paren hijos: entre los cuales refiere una cosa digna de notar, y es que un cierto pece destos, viendo los hijuelos en algun peligro, abre la boca y encierralos dentro de sí, y pasado el peligro los vuelve tan enteros y sanos como la ballena que tragó á Jonas (*b*). Así que este amor de que hablamos, mas tiene lugar en los animales, y aun mucho mas en las aves, por la razon que arriba tocamos.

Con todo esto (como no haya regla sin excepcion), del avestruz dice el mismo Criador, hablando con el sancto Job (*c*), que carece deste amor, por estas palabras: Las plumas del avestruz son semejantes á las de un gavilan. Pues cuando esta ave deja sus huevos en la tierra, ¿serás tú poderoso como yo para calentarlos en el polvo y sacarlos á luz? No se le da nada que los huellen los piés del caminante, ó las bestias del campo los quiebren. Endurécense para con sus hijos como si no fuesen suyos; porque privó Dios esta ave de sabiduría, y no le dió inteligencia. Cuando es menester levanta las alas en alto, y hace burla del caballo y del caballero que va en él. Este ejemplo alegó el Criador para declarar mas el cuidado de su providencia. Porque cuando falta el amor y diligencia desta ave, él la toma á su cargo, y sin el beneficio y calor de la madre saca á luz los hijos que ella desamparó.

Semejante providencia á esta es la que tiene de los hijos de los cuervos recién nascidos. Porque como en este tiempo no les han aun nascido las plumas negras, el padre tiénelos por adulterinos, y así no los quiere mantener; porque no los reconoce por suyos hasta que los ve con plumas de su color. Pues en esta sazón la divina Providencia suple el oficio de padre y los mantiene. Lo cual tuvo el Profeta Real por tan grande argumento de la gloria de Dios, que la refiere entre las otras alabanzas suyas, diciendo (*d*): Que él es el que dá á las bestias su propio mantenimiento, y á los hijuelos de los cuervos que lo llaman.

Ni es menor providencia la que nos muestra en la criacion de los hijos del águila. De la cual cuentan algunos que enfadada del trabajo de la criacion dellos despide uno del nido. Mas aquel Señor que á nada falta, proveyó de otra ave, la cual toma á cargo la criacion de aquel noble hijo, hasta que él pueda volar y mantenerse por sí. Verdad es que Sant Ambrosio (*e*) no quiere conceder este desamor del águila, pues el Señor compara en la Escritura el amor que tiene á sus espirituales hijos con el que esta ave tiene á los suyos, por tanto dice que la causa deste desecho es otra cosa digna de admiracion; la cual es que hace mirar sus hijuelos al sol de hito en hito, y el que halla tan flaco de vista que no sufre la fuerza destos rayos, desecha del nido como inhábil y ajeno de la nobleza real del águila: enseñando por este ejemplo el Criador á los padres nobles, el poco caso que deben hacer de los hijos que escurecen con sus malas costumbres la nobleza de su linaje.

(*a*) Lib. 5. Hexamer. cap. 3. (*b*) Jonæ. 2. (*c*) Job. 39. (*d*) Psal. 146. (*e*) Exam. lib. 5. cap. 18.

Tambien es notable la manera que el gavilan tiene de enseñar sus hijuelos á cazar. Despues que ellos están ya mas criados, y pueden servirse algun tanto de las alas, pónenles delante un pájaro medio peladas las alas, y ellos, aquejados de la hambre, van en pos dél; y esto hecho algunas veces, quedan ya habilitados para la caza cuando están vestidos de sus plumas.

#### §. I.

Prosigue la materia con un notable ejemplo de gratitud.

Y pues hecimos mencion del gavilan, no diré dél cosa nueva, sino muy sabida, mas poco ponderada y estimada de muchos. En las noches grandes y frias del invierno procura de cazar un pájaro, para tenerlo toda la noche en las uñas y calentarse con él. Ya esto es una providencia. Otra es, que amanesciendo él á la mañana con grande hambre (por haber sido la noche larga, y tener así él como todas las aves de rapiña, gran calor en el estómago, porque la hambre los haga cazar), teniendo el manjar en las uñas, no toca en él, sino suéltalo para que se vaya, por haber dél recibido aquel beneficio. Esta es otra providencia. La tercera es, que á la mañana, cuando va á buscar en que se cebe, no vuela por la banda que el pájaro voló, por no topar con él, sino por la contraria. Destas noblezas nació el comun proverbio que dice: Hidalgo como un gavilan; y como á tal lo libran las leyes reales de pagar pecho, ó portazgo, así á él como á toda su familia (que son todas las aves que vienen en su compañía), aunque él llegue ya muerto. Pregunto pues agora: ¿qué mas hiciera en materia semejante un hombre noble, virtuoso y agradecido? Pues todo esto hace un gavilan; aunque no él, sino quien lo crió con tales respetos y noblezas, el cual no contento con habernos enseñado por sus Escrituras la condicion de la verdadera nobleza, tambien nos la quiso declarar por el ejemplo desta ave; la cual, padesciendo hambre, y teniendo el manjar en las uñas, de tal manera corta por sí, que no quiere agraviar al pajarillo de quien recibió aquel beneficio. No llegó aquí la nobleza del emperador Octaviano, tan afamado entre todos los emperadores romanos, pues por tomar venganza de su enemigo, otorgó la cabeza de M. Tulio, de quien habia recibido toda la autoridad y dignidad que tenia. Gloriense pues agora mucho los que descenden de casta de reyes ó emperadores; porque ¿qué hermosura puede haber en las ramas del árbol donde la raíz está tan dañada? Y ¿qué claridad en los arroyos donde la misma fuente está tan turbia? Resta luego que la verdadera nobleza está con el temor de Dios; porque donde este mora no ha lugar tacañería ni vileza.

La coneja, cuando ha de parir, hace la cama blanda para que los hijos tiernos no se lastimen. Para lo cual, de mas de algunas pajueltas que pone debajo, pélese los pelos de la barriga para poner encima. Pues ¿qué mayor caridad maternal que esta? Y cuando sale á buscar de comer, de tal manera deja cubierta la boca de la madriguera, que no se pueda fácilmente echar de ver. El lobo, con ser insaciable, si la hembra muere, él cria los hijuelos, sacando del buche lo que él ha comido, y partiéndolo con ellos.

Mas volviendo al propósito de la criacion de los hijos, para esto sirve la fábrica de los nidos que hacen para criarlos; la cual es tan medida y proporcionada para este efecto, que á Quintiliano pareció esto una especie

é imagen de razon; mayormente considerando aquella camilla blanda que ponen encima del nido, para que los hijuelos recién nascidos y tiernos no se lastimen con la dureza del nido. Mas Aristóteles se espanta con mucha razon de la fábrica del nido de una golondrina. Y lo que bastó para poner admiracion á un tan grande filósofo, no basta para ponerla á nosotros, ó porque vemos esto cada dia, ó porque no tenemos ojos para saber mirar y ponderar las obras de Dios. Porque ¿quién pudiera creer si no lo viera, que un pajarillo tan pequeño hace un nido como de bóveda, arrimado á una pared, sin mas columnas que lo sustenten en el aire, y que mezcle pajas con el barro, para que fragüe la obra, como hacen los albañiles cuando envisten una pared para encalarla, y que demas desto busque algunas plumillas, ó otras cosas blandas, para que no se lastimen los hijuelos? Mas quiero que me digan agora los hombres que tienen razon, ¿qué medio podrá tener esta avecilla, cuando acertare á fabricar su nido en tierra donde no hay barro ni cieno alguno? De mí confieso que no lo pudiera inventar. Mas supolo esta avecilla, porque la gobierna otro mayor entendimiento, que es el Criador; el cual le dió industria para hacer barro donde no lo hay. Porque para esto moja las alas en el agua, y revuélcase en el polvo, y desta manera hace barro; y con muchos caminos destos viene poco á poco á dar fin á su obra. La cual, como sabia, hace su nido dentro de nuestras casas, porque, como dice Sant Ambrosio (*f*), en este lugar tiene sus hijos mas seguros de las aves enemigas; y páganos el alquiler de las casas con su música y con servirnos de reloj para desperatar por la mañana. Mas así en esto como en todo lo demas que aquí se trata, conviene repetir aquella sentencia del Apóstol (*g*): ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes y de las golondrinas? Claro está que todo esto es querer él darse á conocer á los hombres, para ser adorado y reverenciado dellos. Porque quien tuviere ojos para notar, así la fábrica de los cuerpos de todos los animales, como las habilidades que tienen para su conservacion, verá claro que todas ellas predicán su sabiduría, y que cuantas son las criaturas, tantos son los testigos de su gloria.

#### §. II.

Especialísima providencia del Criador, y del matrimonio é industria de otros animales.

Pues no es cosa ménos admirable la que Sant Basilio y Sant Ambrosio (*h*) cuentan de una avecilla que se llama alcion. En la cual quiso el Criador mostrarnos mas á la clara la perfeccion de su providencia, y cómo en ninguna cosa falta. Para esto dió á esta avecilla una inclinacion de hacer su nido en el arena junto á la mar, y esto en medio del invierno. Pues ¿qué remedio para que no lo ahoguen las ondas de la mar cuando anda alterada? Alguno pudiera decir que se descuidó en esto la Providencia, pues dió inclinacion á esta ave que pusiese los huevos donde no podía conservarlos. Pues para que esto no se pudiese decir, ¿qué remedio? Hallólo el que lo podía dar, el cual, como señor de la mar, le puso mandamiento que dentro de catorce dias (conviene á saber, siete en que esta ave calienta los huevos, y otros siete en que los cria hasta que puedan volar) no se alterase ni levantase sus ondas; porque no se pudiese con verdad decir que faltaba un punto en la providencia de Dios.

(*f*) Exam. lib. 5. cap. 17. (*g*) 1. Cor. 9. (*h*) Eod. lib. cap. 13.

¡Oh admirable Señor en todas vuestras obras! ¡Oh cuán digno sois de ser reconocido, y adorado, y reverenciado en todas ellas, y cuánto deseáis que os conozcamos, pues tales lecciones nos dais de vuestras grandezas y maravillas! ¿Quién no esperará de vos el remedio de todas sus necesidades, pues para unas tan pequeñas avecillas mandáis á aquel tan furioso y tan gran cuerpo del mar Océano, que por todos estos días esté quieto; los cuales tienen notados los marineros, y llaman estos días alciones, y tienen prendas desta avecilla, que por todo este espacio que ella estuviere criando sus hijuelos los asegura de tormenta?

Ni es para dejar de notar cómo todas las aves guardan una imágen de matrimonio, y se revezan y parten el trabajo en la criación de los hijos; porque mientras el uno está sobre los huevos, el otro va á buscar de comer; y cuando este vuelve, hace el mismo oficio, y el otro va á buscar también su comida. Esto vemos cada día en las palomas zoritas que criamos en nuestras casas: las cuales (como dice Plinio) son tan fecundas, que paren diez veces en el año; y los hijuelos (como él mismo dice) al quinto mes pueden ya ser padres. Y acontece muchas veces estar aun los hijuelos en el nido, y junto con ellos los huevos para otra criación. Y siempre, dice él mismo, que ponen dos huevos, de los cuales uno sale macho y otro hembra, y el macho sale primero. En esta maravillosa fecundidad se ve cómo el Criador quiso proveer al hombre de mantenimiento. Por lo cual así á estas aves, como á las perdices y conejos, dió tanta multiplicación de hijos; porque así por este medio, como por otros muchos, proveyesse de mantenimiento al hombre; y así unos cazando ganasen su vida, y otros se mantuviesen con la caza.

Las vacas, cuando sienten peligro de alguna fiera, hácese todas una muela, y encierran dentro dellas los becerrillos; y ellas, vueltas las ancas á los hijos y los cuernos hácia fuera (que son las armas que el Criador les dió), están á punto de guerra para defenderlos. Lo mismo hacen las yeguas en semejante peligro para defender sus potricos; pero estas ponen las ancas hácia fuera, porque tienen las armas en los pies. Porque (como ya dijimos) cada animal conoce sus armas, y sabe usar dellas en cualquier peligro.

Vengamos al parto de los animales. Antes del parto se mantienen los hijos dellos en los vientres de las madres por la tripilla del ombligo, como los hombres, y no les falta instrumento para cortarla en pariendo; porque para esto se sirven de los dientes, con los cuales la cortan para despedirlos de sí, y con la lengua los lamen y alimplan de la inmundicia que del vientre sacan. Lo cual señaladamente hace la osa, que pare los hijos muy disformes, y ella á poder de estarlos lamiendo y relamiendo, les da la figura que tienen.

Ni faltan engaños, y adulterios, y hurtos en las aves como entre los hombres. Porque del cuclillo se dice que va poco á poco comiendo los huevos de alguna otra ave, y en lugar dellos va poniendo los suyos. De lo cual con su astucia saca dos provechos: el uno mantenerse de los huevos ajenos, y el otro ahorrar el trabajo de calentar y criar los suyos. Lo cual redundaba en otros dos daños del ave robada, que es matarle sus hijos, y cargarle la crianza de los ajenos. Esta es la condición de los ladrones y tirannos, que es buscar siempre su provecho con el daño de otro.

La perdiz también padesce otro agravio en la criación de sus hijos no muy diferente del pasado, y muy semejante al de aquellas dos malas mujeres que contendian ante el rey Salomón (i); una de las cuales hurtó el hijo á la otra, diciendo que era suyo. Porque hay perdiz que hurta los huevos de otra perdiz, y los calienta, y saca, y cria por suyos. Mas aquí entreviene una tan grande maravilla, que si no la halláramos en el capítulo diez y siete de Hieremías (k), del todo pareciera increíble, aunque sean muchos los autores que la escriben, como refiere Sant Hierónimo sobre este paso. El cual dice, que la perdiz hurta á otra sus huevos, y los calienta y cria. Mas como estos despues de ya grandecillos, oyen el reclamo de la verdadera madre que puso los huevos, dejan la falsa, y siguen la verdadera. ¿Quién pudiera creer esto, si el mismo autor desta maravilla no lo dijera en su Escripura? El cual nos quiso aquí representar el misterio y fruto de la redempción de Cristo, por cuyo merecimiento los hombres, que hasta el tiempo de su venida servían á los dioses ajenos, cuando oyeron la voz de su verdadero Padre, mediante la predicación del Evangelio, dejaron los falsos dioses que adoraban, y acudieron á servir y adorar al verdadero Dios y Criador suyo.

En el pelicano también nos quiso representar el mismo misterio y beneficio. Porque dél se dice, que saca los hijos de los huevos muertos, y que hiriéndose el pecho con su pico, los resuscita rociándolos con la sangre que dél saca. Por lo cual lo tomó por divisa el rey de Portugal, Don Juan el II (que fué muy valeroso), declarándonos por este ejemplo la diferencia que hay entre el rey y el tiranno; porque este se mantiene de la sangre de los suyos, mas aquel da su vida y sangre por ellos. Lo que Eliano cuenta desta ave es que hace su nido en la tierra, y por esto usan contra él desta arte los cazadores, que cercan el nido de paja y pónenle fuego. Entónces acude el padre á gran prisa á socorrer á los hijos, pretendiendo apagar la llama con el movimiento de las alas, con el cual no solo no la apaga, mas ántes la enciende mas, y desta manera quemadas las alas en la defensa de los hijos, viene á manos de los cazadores, no extrañando poner su vida por ellos. Lo cual no ménos que el ejemplo de la perdiz nos representa la inmensa caridad del Hijo de Dios, el cual se ofreció á la muerte por redimir y reparar la vida de los hijos que él crió. Mas agora con la dulce memoria deste summo beneficio, darémos fin á este capítulo. Quien mas quisiere saber destas materias, lea á Aristóteles en los libros que escribió de la naturaleza de los animales, y á Plinio en los libros octavo, nono, décimo y undécimo, y á Eliano en los diez y seis libros que desta materia escribió. Mas esto poco habemos aquí tratado para enseñar al cristiano á filosofar en estas materias, y levantar por ellas el espíritu al conocimiento y amor de su Criador, el cual si es tan admirable en sus criaturas, ¿cuánto mas lo será en sí mismo? Y si nuestro entendimiento tanto gusta de contemplar sus hechuras, ¿cuánto mas gustará de contemplar la infinita sabiduría del que las hizo; el cual sabe tanto y puede tanto, que en tanta infinidad de criaturas que carecen de razon, tales inclinaciones imprimió, que hacen sus obras tan enteramente como si tuvieran razon?

(i) 3. Reg. 3. (k) Hier. 17.

## CAPITULO XVIII.

Como resplandece mas la sabiduría y providencia del Criador en las cosas pequeñas, que en las grandes.

Son tantas las cosas en que aquella inmensa majestad se quiso dar á conocer á los hombres, y resplandece en tantas cosas su providencia y sabiduría, que no solo en los animales mas grandes, sino también en los muy viles y pequeños, se ve ella muy á la clara. Lo cual dice Sant Hierónimo en el epitafio de Nepociano por estas palabras (a): No solamente nos maravillamos del Criador en la fábrica del cielo y de la tierra, del sol, del mar Océano, de los elefantes, camellos, caballos, onzas, osos y leones, sino también en la de otros pequenitos animales, como es la hormiga, el mosquito, la mosca, y los gusanillos, y en todos estos géneros de animalillos, cuyos cuerpos conocemos mas que los nombres dellos; y no ménos en estas cosas que en las otras grandes veneramos la sabiduría y providencia del que las hizo. Pero á Sant Augustin mas admirable parece el artificio del Criador en estas cosas pequeñas, que en las grandes. Y así dice él (b): Mas me espanta de la lijereza de la mosca que vuela, que de la grandeza de la bestia que anda; y mas me maravillo de las obras de las hormigas, que de las de los camellos. Y Aristóteles dice en el primer libro de las partes de los animales, que ningun animalico hay tan vil y tan despreciado, en el cual no hallemos alguna cosa divina, y de grande admiración. Desto pone un singular ejemplo Plinio (c), maravillándose mas de la fábrica del mosquito, que de la del elefante. Porque en los cuerpos grandes (dice él) hay bastante materia para que el artífice pueda hacer lo que quisieré; mas en estos tan pequeños y tan nada, ¿cuán gran concierto, cuán gran fuerza, y cuánta perfección les puso? ¿Dónde asentó tantos sentidos en el mosquito? ¿Dónde puso los ojos? ¿Dónde aplicó el gusto? ¿Dónde enjirrió el sentido del oler? ¿Dónde asentó aquel tan temeroso zumbido, y tan grande segun la proporción de su cuerpo? ¿Con cuánta sutileza le juntó las alas, y extendió los pies, y formó el vientre vacío donde recibe la sangre que bebe? ¿Dónde encendió aquella sed tan grande de sangre, mayormente de la humana? ¿Con qué artificio afiló aquel aguijon con que hiere? Y con cuánta sutileza, siendo tan delgado, lo hizo cóncavo, para que por él mismo beba la sangre que por él saca? Mas los hombres maravillanse de los cuerpos de los elefantes, que traen sobre sí torres y castillos, y de otros grandes y fieros animales, siendo verdad que la naturaleza en ninguna parte está mas entera, y mas toda junta que en los pequeños. Hasta aquí son palabras de Plinio, el cual con mucha razon se espanta de tantos sentidos como tiene un mosquito.

Mas especialmente causa mas admiración hallarse en él ojos. Porque espántanse los anatomistas del artificio con que el Criador formó este sentido tan excelente, con que tantas cosas conocemos. Pues ¿quién no se maravilla de que ese tan artificioso y tan delicado sentido haya formado el Criador en una cabeza tan pequeña como la del mosquito y de la hormiga? Tiene también muy vivo el sentido del oler, el cual experimentamos cada día á nuestra costa. Porque estando el hombre dormiendo en una sala grande, cubierto parte del rostro con algun lienzo por miedo dél, viene él desde el cabo de la sala muy de espacio con su acostumbra música y

(a) Hieron. in Epitaph. Nepotiani, infra med. (b) De Gen. ad litt. lib. 3. cap. 14. tom. 3. (c) Plin. lib. 11. cap. 2.

dulzaina, y acierta á asentarseos en la parte del rostro que está descubierta. Lo cual no es por la vista (porque la pieza está oscura), sino por solo el olor, que tan agudo es.

Pues aun otra habilidad deste animalillo diré yo, que experimenté. Asentóseme uno junto á la uña del dedo pulgar de la mano, y púsose en órden como suele para herir la carne. Mas como aquella parte del dedo es un poco mas dura, no pudo penetrarla con aquel su aguijon. Yo de propósito estaba mirando en lo que esto habia de parar. Pues ¿qué hizo él entónces? Tomó el aguijoncillo entre las dos manecillas delanteras, y á gran prisa comienza á aguzarlo, y adelgazarlo con la una y con la otra, como hace el que aguza un cuchillo con otro. Y esto hecho, volvió á probar si hecha esta diligencia podria lo que ántes no pudo. Dicen del unicornio, que habiendo de pelear con el elefante, aguza el cuerno en una piedra; y esto mismo hace este animalillo para herirnos, aguzando aquel su aguijon con las manecillas. Todo esto pues nos declara cuán admirable sea el Criador, no solo en las cosas grandes, sino mucho mas aun en las pequeñas.

A este propósito sirve lo que Hugo de Sant Victor dice por estas palabras. Por muchas vias pueden ser las cosas admirables: unas veces por grandes, otras por muy pequeñas. Por grandes nos maravillamos de las cosas que exceden la cantidad de las criaturas de su género. Y así nos maravillamos de los gigantes entre los hombres, y de las ballenas entre los peces, y del grifo entre las aves, y del elefante entre los animales, y del dragon entre las serpientes. Mas por pequeñas nos maravillamos de las que entre todos los otros animales son de muy pequeños cuerpos, como es la polilla, que roe los vestidos, el mosquito, y los gusanillos, y otros animalillos desta cantidad. Mira luego de qué te debas maravillar mas, de los dientes del jabalí, ó de los de la polilla; de las alas del grifo, ó de las del mosquito; de la cabeza del caballo, ó de la langosta; de las piernas del elefante, ó de las del mosquito; del leon, ó de la pulga; del tigre, ó del galápago. En aquellas cosas te maravillas de la grandeza, aquí de la pequeñez. A estos pequeños dió el Criador ojos, los cuales apenas pueden ver nuestros ojos; y les dió todos los otros miembros é instrumentos que eran necesarios para su conservación, con tanta perfección, que ninguna cosa vemos en los animales grandes, que no la hallemos en los pequeños. Lo dicho es de Hugo. Supuesto este fundamento, comenzaremos por un animal de los mas pequeños, que es la hormiga: en la cual, siendo tan pequeña, veremos cosas verdaderamente grandes.

## §. I.

De la hormiga.

Despues de aquella general pérdida y desnudez que nos vino por aquel comun pecado, el principal remedio que nos quedó fué la esperanza en la divina misericordia, como lo significó el Profeta cuando dijo (d): En paz dormiré y descansaré seguro; porque tú, Señor, singularmente pusiste mi remedio en tu esperanza. Para esforzar esta virtud tenemos muchos y muy grandes motivos (de que no es agora tiempo de tratar), mas entre estos no pienso que mentiré, si dijere que no poco se esfuerza esta virtud con la consideración de las habilidades

(d) Psalm. 4.

des admirables que el Criador dió á un animalillo tan despreciado, tan vil y tan inútil, como es una hormiguilla: la cual, cuanto es mas pequeña, tanto mas declara el poder de quien tales habilidades puso en cuerpo tan pequeño. Porque primeramente siendo verdad que los otros animales comunmente no tienen mas cuenta que con lo presente, porque alcanzan poco de lo futuro y de lo pasado (como dice Tulio), pero este animalillo, á lo ménos por la obra, siente tanto de lo que está por venir, que se provee en el verano (como vemos) para el tiempo del invierno. Lo cual pluguiese á Dios imitase la providencia de los hombres, haciendo en esta vida provision de buenas obras, para tener de qué gozar en la otra, conforme á aquel consejo de Salomon (e), el cual nos amonesta que hagamos con toda priesa é instancia buenas obras, porque en la otra vida no hay el aparejo que en esta para hacerlas. Y por no hacer á los hombres esto que las hormigas hacen, vienen despues á experimentar aquella profecía del mismo Salomon, que dice (f): El que allega en el tiempo del estío, es hijo sabio (g); mas el que se echa á dormir en este tiempo, es hijo de confusion; porque el tal se hallará confundido y arrepentido al tiempo de dar la cuenta. Así se hallaron confusas aquellas cinco vírgines locas del Evangelio (h); porque no proveyeron sus lámparas de olio con tiempo.

Mas tornando al propósito, esta es la primera habilidad de las hormigas. La segunda es, que sin mas herramienta ni albañil que su boquilla, hacen un alholí ó silo debajo de la tierra, donde habiten, y donde guarden su mantenimiento. Y aun este alholí no lo hacen derecho, sino con grandes vueltas y revueltas á una parte y á otra (como se dice de aquel laberinto de Dédalo), para que si algun animalito enemigo entrare por la puerta, no las pueda fácilmente hallar, ni despojar de sus tesoros. Y con la misma boquilla que hicieron la casa, sacan fuera la tierra, y la ponen como por vallado á la puerta della.

Cuando van á las parvas á hurtar el trigo, las mayores como capitanes suben á lo alto, y tronchan las espigas, y échanlas donde están las menores, las cuales, sin mas pala ni trilla que sus boquillas, las mondan y desnudan, así de las aristas, como de las vainicas donde está el grano, y así limpio y mondado lo llevan á su granero, asiéndolo con la misma boca, y andando hácia tras, estribando con los hombros y con los piés para ayudar á llevar la carga. Para lo cual (como dice Plinio) tienen mayor fuerza, segun la cantidad de su cuerpo, que todos los animales. Porque apenas se hallará un hombre que pueda caminar un dia llevando á cuestras otro hombre, y ellas llevan un grano de trigo, que pesa mas que cuatro dellas, y perseveran en llevar esta carga, no solo todo el dia, mas tambien toda la noche. Porque son tan grandes trabajadoras, que juntan el dia con la noche, cuando está la luna llena.

Mas ¿qué remedio, para que el trigo estando debajo de la tierra no nazca, mayormente cuando llueve? ¿Qué corte diera en esto un hombre de razon, presupuesto que el grano habia de perseverar en el mismo lugar? De mí confieso que no lo supiera dar; mas sábelo la hormiguilla enseñada por otro mejor maestro. Porque roe aquella punta del grano por donde él ha de brotar, y desta manera lo hace estéril é infructuoso. Hecho eso,

(e) Eccles. 9. (f) Prov. 17. (g) Aug. in Psalm. 56. longè ante med. (h) Matth. 25.

¿qué remedio para que la humedad (que es madre de corrupcion) no lo pudra estando debajo de la tierra mojado? Tambien saben su remedio para esto. Porque tienen cuidado de sacar al sol su depósito los dias serenos, y despues de enjuto lo vuelven á su granero. Y con esta diligencia muchas veces repetida, lo conservan todo el año. Otra admirable diligencia se escribe dellas; porque no solo se mantienen del grano, sino de otras muchas cosas, y cuando estas son grandes, hácenlas pedazos, para que así las puedan llevar.

Otra cosa se escribe dellas admirable, y es, que cuando andan acarreado sus vituallas de diversos lugares, sin saber unas de otras, tienen ciertos dias que ellas reconocen, en que vienen á juntarse como en una feria para reconocerse, y tenerse todas por miembros de una misma república y familia, sin admitir á otras. Y así acuden con gran concurso de diversas partes á esta junta, á reconocerse, y holgarse con sus hermanas y compañeras.

Son en gran manera amigas de cosas dulces, y tienen el sentido del oler tan agudo, que do quiera que esté, aunque sea una lanza en alto, lo huelen y lo buscan. Para lo cual tienen otra extraña habilidad: que por muy enalada y muy lisa que esté una pared, suben y andan por ella, como por tierra llana.

Y no dejaré de contar aquí otra cosa que experimenté, la cual me puso admiracion. Tenia yo en la celda una ollica verde con un poco de azúcar rosado; la cual por temor dellas (de que allí era muy molestado) tapé con un papel recio y doblado para mas firmeza, y atélo muy bien al derredor, de modo que no hallasen ellas entradero alguno; el cual saben ellas muy bien buscar por muy pequeño que sea. Acudieron de ahí á ciertos dias ellas al olor de lo dulce. Porque su oler es tan penetrativo, que aunque la cosa dulce esté bien tapada, la huelen. Venidas pues ellas al olor de lo dulce, y como buscadas todas las vias, no hallasen entrada, ¿qué hicieron? Determinan de dar un asalto, y romper el muro para entrar dentro. Y para esto, unas por un lado de la ollilla, y otras por la banda contraria, hicieron con sus boquillas dos portillos en el papel doblado, que yo tenia por muro seguro, y cuando acudí á la conserva (pareciéndome que la tenia á buen recaudo) hallé los portillos abiertos en él, y desatándolo, veo dentro un tan grande enjambre dellas, que no sirvió despues la conserva mas que para ellas. De modo que podemos decir, que ellas me alcanzaron de cuenta, y supieron mas que yo; pues vencieron con su astucia mi providencia.

Tienen tambien las hormigas muy limpio su aposento, así como las abejas, segun adelante dirémos. Para lo cual diré otra cosa no ménos admirable que la pasada, y es, que ellas solas entre todos los animales del mundo, entierran sus muertos. Y para esto (como escribe Eliano) fabrican en aquel su soterraño tres lugares distintos: uno en que ellas moran, y otro que les sirve de despensa, en que guardan la provision de su mantenimiento, y otro que les sirve de cementerio donde sepultan los muertos. ¿Quién creyera esto, si no se hubiera visto? De modo que (como refiere Plinio) entre cuantos animales Dios crió, solo el hombre y la hormiga entierran los muertos. Pues otra cosa añadiré á esta muy conseqüente y proporcionada con ella (que refiere Eliano), la cual podrá dejar de creer quien quisiere, mas yo la creo, así por ser conseqüente á la pasada, como por ser Dios el

que las gobierna, y el que quiso declarar mas en estos corpecillos las maravillas de su providencia. Cuenta pues este autor, que estando una vez un insigne filósofo, por nombre Cleantes, asentado en el campo, vió unas hormiguillas andar cerca de sí, y como filósofo y amigo de entender los secretos de naturaleza, púsose á considerar lo que hacian. Y vió que unas hormigas traian una hormiga muerta, y llegándose á la boca de un hormiguero que allí parecia, estuvieron un poco esperando con su defunto, hasta que salió una, y las vió, y tornóse para dentro, é yendo y viniendo algunas veces, finalmente vinieron otras; una de las cuales traia en la boca un pedazuelo de lombriz, y diéronlo á las que traian la hormiga muerta; y ellas entónces recibido el porte de su camino, se volvieron; y las otras reconociendo que la hormiga muerta era su hermana, y de su compañía, la recibieron y llevaron consigo para darle su acostumbrada sepultura en su casa, guardando la fe debida á los hermanos en vida y en muerte. Puso este caso tanta admiracion á este filósofo, que comenzó á dudar, si tenían razon y entendimiento los animales que tales cosas hacian. Mas á la verdad, entendimiento tienen; no suyo, sino de aquella soberana Providencia que en ninguna cosa falta, y en ninguna yerra, y en todas es admirable como lo es en sí misma.

No hay en este animalillo cosa que no nos esté predicando la sabiduría del que en tan pequeño cuerpo puso tantas habilidades. Mas no sé si entre tantas maravillas es mayor la fábrica de sus ojos. Porque todos los anatomistas confiesan que en toda la fábrica del cuerpo humano no hay cosa mas prima, ni mas sutil, ni mas admirable que la composicion de los ojos, que es un sentido nobilísimo, y muy preciado. Pues si es tan gran maravilla la fábrica de los ojos en el cuerpo de un hombre, ¿cuál es aquel poder y saber, que pudo fabricar dos ojos con tanto artificio en tan chiquita cabeza como es la de una hormiga? Cosa es esta que sobrepuja toda admiracion. Con este ejemplo consolaba el grande Antonio á Didimo, ciego, despues de haberle oido tratar las cosas de Dios con grande ingenio. Porque preguntado por él si sentia pena con la falta de la vista, y confesando él que sí, díjole el Sancto. ¿Por qué rescibes pena en carecer de ojos que tienen las hormigas, teniendo por otra parte aquellos ojos que tienen los ángeles?

Juntemos agora el fin con el principio deste capítulo, pues que tan gran motivo tiene aquí un cristiano para pedir á Dios el remedio de todas sus necesidades. Con cuánta confianza puede decir: Señor, que tantas y tan admirables habilidades distes á una hormiga para la conservacion de su vida (en que tan poco va), ¿cómo os olvidaréis del hombre, que vos criastes á vuestra imagen y semejanza, y hecistes capaz de vuestra gloria, y redemiestes con la sangre de vuestro Hijo, si él no desmereciere este favor por estar atollado en el cieno de sus pecados? Si tanto cuidado teneis de las cosas menores, ¿cuánto mayor lo tendréis de las mayores? ¿Qué va en que la hormiga viva, ó deje de vivir? ¿Y cuánto mas va en que viva la criatura, á quien vos distes vida con vuestra sangre? Quite el hombre los pecados de por medio (porque estos son, como dice Esaías (i), los que ponen un muro de division entre Dios y él), y sepa cierto que tanto mayor cuidado tendrá Dios dél que de la hormiga, cuanto es él mas noble criatura que ella; porque no es

(i) Esaí. 59.

Dios (como dicen) allegador de la ceniza, y derramador de la harina. Mayormente si considerare, que cuanto este Señor hace por la hormiga, no es por ella, sino por dar á conocer al hombre su sabiduría y providencia, y esforzar con este ejemplo su confianza; así como con el de las avecillas, que ni siembran ni cogen, nos anima en el Evangelio (k) á poner en él esta misma confianza.

Mas aunque en todas estas cosas sea admirable la Providencia divina, mucho mas lo es, en que ninguna cosa hay tan pequeña, tan vil y tan despreciada, en que no resplandezca el cuidado desta providencia. ¿Qué cosa mas vil, que un piojuelo? Pues á este le dieron sus piés delanteros y traseros, y su boca, con que chupa la sangre de nuestros cuerpos, y se mantiene della, y busca las costuras de la vestidura, para estar en ellas mas escondido y abrigado. Y lo que mas espanta es, que este tambien pone sus huevos como cualquiera ave, que son las liendres, las cuales con el calor de nuestros cuerpos vienen á animarse, como los huevos de las otras aves con el calor natural de las madres, y á veces con calor artificial. ¿Quién no se admira de ver que aquella soberana majestad, teniendo cargo de gobernar esta tan gran máquina del mundo, no se olvida de proveer de todo lo necesario á cosa tan vil y despreciada?

## §. II.

De otros animalillos mas pequeños que las hormigas.

Y pues aquí pretendemos tratar de los animalillos pequeños, otros hay mas pequeños que las hormigas; acerca de los cuales hay un grande misterio que contemplar. Porque en las hojas de algunas yerbas vemos andar algunos gusarapillos, dellos verdes, dellos blancos: de los cuales hay algunos tan pequeños, que con dificultad se ven: los cuales divisamos mas por el movimiento con que se mueven, que por la cantidad de sus cuerpos; y tambien porque hay otros algo mayores de la misma especie, y por los miembros que estos mayores tienen, reconocemos los que tienen los menores; porque primeramente tienen seis piés, cada tres por banda; y tienen boca por do se mantienen, porque todo animal que vive, miéntras vive, come, y se mantiene, y cresce; porque de otra manera no crecería. Y por la mayor parte ha de tener tambien ojos para ver y buscar su mantenimiento. Los cuales no ha menester el topo, porque se mantiene de tierra, y esta tiene siempre á la boca. Si tiene mas órganos ó partes que estas, no lo sé. Mas solas estas bastan para dejar un hombre atónico, considerando la omnipotencia de aquel Señor, que en tan pequeño cuerpo pudo poner estos y otros sentidos, ó miembros que no sabemos. Porque si todo este animalillo apenas se divide, ¿cuán admirable cosa fué, formar en tan pequeña cantidad tanta variedad de miembros y sentidos, mayormente ojos? Ciertamente á muchos parecerá que no ménos descubre esto la omnipotencia y sabiduría del Criador, que la fábrica de los cielos. Porque así como estos, cuanto son mayores, mas descubren la omnipotencia del que los formó: así estos cuanto son mas pequeños, testifican la sabiduría de quien los fabricó. Allí nos espanta la grandeza, aquí la pequeñez; allí la hermosura, aquí la subileza; allí el resplandor de la luz, aquí el primor de la fábrica. Y así aquel Señor que en todas sus obras es admirable, tambien lo es aquí, aunque por vias contrarias.

(k) Matth. 6.

Agora vengamos al misterio. Pregunto pues: ¿para qué fin aquel artífice soberano crió una cosa tan sutil y tan artificiosa como esta? Porque es imposible haber hecho esto de balde. Todas estas cosas inferiores confesó Aristóteles, que fueron diputadas para servicio del hombre; y así vemos que cada cual en su manera le sirve, ó para mantenerle, ó para vestirle, ó calzarle, ó curarle, ó recrearle, ó doctrinarle con su ejemplo, ó también para castigarle cuando lo mereciere. Vemos pues que estos animalillos para nada desto sirven. Porque así como la sutileza de su artificio declara que Dios lo hizo, así su pequeñez testifica que para ninguna destas cosas lo hizo. Pues ¿para qué fin se puso el Criador á fabricar una cosa de tan gran primor? No se puede negar sino que la hizo para lo que ella nos representa, que es para declarar el infinito poder y saber de quien pudo hacer, en un cuerpecillo tan pequeño, una fábrica tan admirable.

Mas hay aquí otra cosa de mucha consideracion, y es: que así los cielos como todas las otras cosas inferiores (demás de predicar la gloria del Hacedor, y darnos nuevas de su grandeza), sirven también para el uso y provecho de la vida humana. Mas estos animalillos (como dijimos) para nada desto sirven, sino para lo dicho, que es para darnos esas mismas nuevas. Por donde podemos decir, que entre estas dos órdenes de criaturas tan desiguales, hay la diferencia que entre las cartas que nos trae un mensajero propio, y las que nos trae un arriero, que principalmente viene á traer pan á la plaza, ó otra alguna cosa, y de camino nos trae una carta. Porque de aquellas primeras se hace mucho más caso que destas. Pues así decimos, que las criaturas que sirven al provecho del hombre, también nos traen cartas, y nos dan nuevas de la sabiduría y providencia del Criador; mas juntamente con esto vienen á traer pan á la plaza, que es proveer de mantenimiento y vituallas para el hombre. Mas estas son como mensajero propio, que para ninguna otra cosa sirven, sino para darnos nuevas del inmenso poder y sabiduría de quien tales obras pudo hacer. Y en esta misma cuenta, y para este mismo fin ponemos otros infinitos gusarapillos, en cuyos corpezuelos resplandescen este mismo artificio y sutileza susodicha: los cuales por su pequeñez para ningún uso de nuestra vida sirven, sino para solo este. Y no menos sirven para este mismo fin las hormigas, con aquellas tan admirables habilidades que referimos; pues también estas para ningún uso y provecho sirven al hombre. Y cuanto son sus habilidades mayores, y ellas más inútiles, tanto más testifican haber sido ellas criadas para solo este fin. Pues ¿qué diré de un arador, que apenas se ve al rayo del sol? ¿Quién fué poderoso para poner en un cuerpo tan invisible, virtud para moverse, y abrir camino entre cuero y carne, y boca para roer, y mantenerse della? ¡Oh gran Dios, admirable en todas sus obras, y mucho más en las pequeñas y despreciadas, que en las grandes!

Agora veamos en qué viene á parar este tan largo discurso. ¿Qué se infiere de todo lo dicho? Una cosa cierto de inestimable provecho: la cual es, que si aquel soberano artífice crió toda esta infinidad de animalillos para solo este fin (que es mostrarnos aquí la inmensidad de su omnipotencia, de su sabiduría y de su providencia, pues para ninguna otra sirve), síguese que el Criador quiso ser conocido de los hombres, por tal cual aquí

parece. Y si por tal quiso ser conocido, por tal quiso también ser estimado, y adorado, y reverenciado: que es la summa de toda la religion. Esta consideracion sirva para tapar la boca á algunos filósofos desatinados, que negaron la divina Providencia, y por consiguiente la religion y culto de Dios. Porque ¿para qué tengo yo de matarme (l), y trabajar en servicio de un Dios que no ha de tener más cuenta conmigo que un dios de piedra ó palo? Y cuando contra estos alegamos estas mismas virtudes y perfecciones de Dios, que resplandecen en las otras criaturas, que sirven para las necesidades y provision del hombre, respóndennos que esas tienen ya su fin, que es proveer al hombre de lo necesario, y que para solo eso fueron criadas. Y ordenada esta provision para que él y los animales viviesen, no quiso tener más cuenta con el hombre, ni con sus cosas. Pues ¿qué responderán los tales á la fábrica y á las maravillas que vemos en infinitas criaturillas deste género, las cuales cuanto son más pequeñas, tanto son más admirables, y tanto más predicán la gloria del Hacedor? Díganos pues, para qué fin fueron criadas estas, pues no sirven para las necesidades del hombre. Aquí enmudecerán los filósofos locos que negaron la Providencia, ó confesarán que cosas tan admirables sobre cuantas hay criadas, formó Dios de balde, y sin propósito, y sin fin. Lo cual es grandísima locura y blasfemia.

Pues en esto parece que no menos debemos á Dios por haber formado criaturas tan pequeñas, que por las grandes; porque las grandes sirven para proveer á nuestros cuerpos, mas las pequeñas para dotar nuestras ánimas. Y aunque las unas y las otras predicán la gloria y providencia del Criador, pero más testifican estas las pequeñas, pues para ningún otro fin fueron criadas. Porque al argumento de las otras hallaron los filósofos que responder, aunque mal; mas al destas no tienen que poder decir, sino blasfemando, y diciendo, que Dios crió cosas tan admirables de balde.

### §. III.

De las arañas.

En esta misma cuenta, y para este mismo fin, que dijimos, sirven las arañas, pues no sirven para el uso de la vida humana, ni son pequeñas las habilidades que el Criador les dió para mantenerse. Su mantenimiento es la sangre de las moscas, y para prenderlas hacen una tela más sutil que cuantas se tejen en el reino de Cambaya, sin otra materia más que la que sacan de su mismo vientre, el cual con ser tan pequeño, basta para dar hilaza á tan grande tela, como á veces hacen. Pues con esta tela cerca el araña el agujero donde está escondida como espía ó como saltador de caminos, que espera el lance para saltar y robar. Y cuando la mosca inocente de tales artes se asienta en aquella tela, y embaraza los picillos en ella, acude el ladrón á gran priesa, y enlázala por todas partes para tenerla más segura. Y esto hecho, salta sobre ella, y chúpale la sangre, de que se mantiene.

Otras hay que hacen sus telas en el aire, echando los hilos sobre que la han de fundar en las ramas de algún árbol, y sobre estos hacen una perfectísima red con sus mallas, como la de un pescador ó cazador, y puestas ellas en medio, esperan el lance de la caza, y corren por aquellos hilos tan delgados, como si corriesen por al-

(l) Cont. quos Aug. saepissimè contr. Manichaeos. et in Psalm. 149.

### CAPITULO XIX.

Del fruto de las abejas, y del gusano que hace la seda.

Es tan admirable el Criador en todas sus criaturas, que si supiéremos contemplar la fábrica del cuerpo de cada una dellas, y las habilidades que tienen para su conservacion y provision, no acabaremos de maravillarnos de la inmensa majestad y sabiduría de quien las formó. La verdad desto se ve en todos los animales de quien hasta aquí habemos tratado, y en cuantos otros hay, si hubiere ojos para saber mirarlos. Mas á todo lo dicho hacen ventaja dos animalillos que entran en la cuenta de los más pequeños, que son el gusano que hila la seda, y la abeja que hace la miel: de los cuales trataremos aquí, como de cosa más admirable que todas las pasadas. Porque (comenzando por el gusano que hila la seda) ¿no es cosa de grande admiracion, que un gusanillo tan pequeño hile una hilaza tan sutil y tan prima, que todas las artes é ingenios humanos nunca hasta hoy la hayan podido imitar? ¿No es maravilla haber dado el Criador facultad á este animalillo para dar materia á toda la lozania del mundo, que es al terciopelo, al tafetan, al damasco, al carmesí alibajo para vestir los nobles, los grandes señores, los reyes y emperadores, y diferenciarlos con la hermosura deste hábito del otro pueblo menudo? ¿No es cosa de admiracion, que no haya tierra de negros, ni region tan bárbara y tan apartada donde no procuren los reyes de autorizarse con la ropa que se hace por la industria destes gusanillos? Y no solo la gente del mundo, mas también las iglesias, y los altares, y los sacerdotes, y las fiestas y oficios divinos se celebran y autorizan con este mismo ornamento.

Pues ¿qué diré de las abejas, que con tener menores cuerpos, proveen de un licor suavísimo y muy saludable á todo el mundo, que es la miel, la cual sirve para dar sabor á todos los manjares, para provision de las boticas, para remedio de los estómagos flacos, y para tantas diferencias de conservas que se hacen con ella? Pues ¿cuán provechosa es también la cera que ellas fabrican junto con la miel? Con ella resplandecen los altares, con ella se autorizan las procesiones, della se sirven las cofradías, con ella se celebran los enterramientos, y con ella se honran las mesas de los grandes señores y de los reyes. Y todo esto hace un animalillo poco mayor que una mosca. ¿Quién creyera estas dos cosas, si nunca las hubiera visto, mayormente si le contaran el concierto que guardan estos animalillos en su manera de república y órden de vida? ¡Oh, gran Dios, y cuán admirable sois, Señor, en todas vuestras obras, así en las de naturaleza, como en las de gracia! Y no es esto de espantar, pues las unas y las otras son vuestras, y ambas hijas de un mismo padre, y por esto se parecen tanto las unas con las otras. Vemos en las obras de gracia que escogéis los más flacos (a) instrumentos del mundo para hacer cosas admirables. Con doce pescadores convertistes el mundo: con el brazo de una mujer destruyistes todo el poder de los asirios (b): con los mozos de espuelas de los príncipes de Israel, desbaratastes el ejército del rey de Siria (c): con una honda y un cayado, hecistes que venciese un pastorcico (d) á un gigante armado de todas armas (e); y con la quijada de una bestia hecistes que

(a) Marc. 5. Luc. 6. (b) Iudith. 13. 14. (c) 3. Reg. 20. (d) 1. Reg. 17. (e) Iudicam, 15.

guna maroma, y así prenden la caza. Donde es mucho para considerar el puesto y lugar en que se ponen, que es en el punto ó centro de aquella circunferencia, adonde van á fenecer y juntarse todas las líneas que ella tiene echadas al derredor. De donde viene á ser, que en ninguna dellas puede tocar la mosca, que ella en ese punto no lo sienta, y corriendo por la misma línea, no la prenda. ¿Cuántas cosas hay aquí que considerar, y en que ver el artificio de la divina Providencia? ¿Qué red tan perfecta? ¿Qué hilos tan delicados? ¿Qué cerco tan proporcionado? ¿Qué puesto tan bien escogido para la caza? Mas todo esto á mí se dice, conmigo habla, porque lo demás, poco caso había de hacer el Criador de las arañas.

Otras hay que hacen su nido debajo de la tierra: el cual emparamentan al derredor con muchas telas, unas sobre otras, para que la tierra que se podría desmoronar no ciegue su casa, y las entierre vivas. Pero otra cosa hay en ellas más para notar, y es, que hacen un tapadero con que cubren la boca deste nido, que será de la hechura de un medio bodeque, y hácenlo de un poquito de tierra, vistiéndolo de tantas telas ó camisas al derredor, que viene á ajustarse con la boca dél tan perfectamente, que apenas se diferencia de la otra tierra vecina. Y (lo que es de más admiracion y artificio) estas camisas se prenden y continúan por una parte con las otras telas de que todo el nido está vestido. De suerte, que sirve este prendedero como de un gonçe, para que esté continuada la tela desta compuerta por una parte con las de dentro. Pues ¿quién pudo enseñar á este animalejo á guarnecer y entapizar su casa, y ponerle sus puertas con tan gran primor, sino quien lo pudo criar? Dirá alguno, muy menudas son estas cosas que tratais, habiendo tomado á cargo tratar de la criacion del mundo. A eso responde Aristóteles en su libro de los animales, diciendo que en los más pequeños dellos resplandescen una semejanza de entendimiento, que en los otros. De modo que cuanto ellos son menores y más viles, tanto más declaran la omnipotencia y sabiduría de aquel Señor que en tan pequeños corpezuelos puso tan extrañas habilidades; y tanto más declaran las riquezas de su providencia, pues no falta á tan viles y pequeñas criaturas en todo aquello que es necesario para su conservacion. Por donde entenderemos cuánto mayor cuidado tendrá de proveer á las cosas mayores, quien tan grande lo tiene de las menores, y tanto menores.

Y no es menos de notar de la manera que unas arañas tamañas como unas moscas, cazan las mismas moscas, sin tener alas como ellas. Porque cuando ellas están paradas, acométenlas á traicion, llegándose á ellas poco á poco por las espaldas; mas con tal aviso, que cuando la mosca se menea, ella le hurta la vista con gran lijereza; y cuantas veces se menea, tantas hace lo mismo; pero de tal manera, que hace de una via dos mandados; porque húrta la vista, y siempre acercándose á ella, hasta que finalmente llega á estar tan cerca, que de un salto da con ella, y la prende y come. Cosa es esta que muchos la están mirando, no sin gusto y admiracion de la industria y arte del cazador; y hasta San Augustin (m) cuenta esto de sí en sus confesiones.

(m) Lib. 10. cap. 55.